

APUNTES

10

25 DE ABRIL DE 1933

Sin la menor seguridad de poder continuar regularmente nuestra tarea, comenzamos este segundo tomo de APUNTES.

La situación es peor hoy que el año pasado. En Europa no se descubre signo alguno de mejoría. El 31 de enero exclama Stéphane Lauzanne: «En este país de Francia, reputado por su inteligencia y su sentido crítico, hay alguien que no tiene ni inteligencia ni sentido crítico: el Estado». En marzo, los Jóvenes de las universidades alemanas obligan a Einstein a decir esta otra verdad: «La juventud de hoy afirma cosas que dos años más tarde habrá de negar».

En América, el empeoramiento es todavía más palpable. El gobierno de Roosevelt en Estados Unidos parece obedecer a fuerzas ciegas que empujan la nación hacia un descarrilamiento completo.

LA ETERNA CANTILENA
DE «LOS TIEMPOS NUEVOS»
Y «LOS PROBLEMAS NUEVOS»

PALABRAS DEL DR. MARAÑÓN

Y es curioso observar la insensibilidad del espíritu humano ante un hecho que sirve de fundamento a la historia de todos los tiempos, a saber: su inexorable repetición. Nada ocurre en la vida de los pueblos que no haya sucedido ya una y otra vez, sin más mudanza que la que dan los accidentes de los modos superficiales del vivir en cada etapa del ciclo de las civilizaciones. Y, sin embargo, la masa de los hombres, con invariable pertinacia, supone que los sucesos que llenan el ámbito de una época son nuevos y extraordinarios, sin relación con todo lo que les ha precedido y urgiendo siempre soluciones trascendentales y de absoluta originalidad.

Y no sólo son esclavos de este prejuicio las gentes sin letras, cuyo conocimiento de la historia del mundo empieza y termina en el universo diminuto de su propia experiencia, sino también los hombres que han leído y los que han leído mucho, los sabios y los mismos historiadores. Cualquiera de nosotros conoce desde la escuela el proceso de la crisis de crecimiento de la Humanidad, las causas que han desencadenado las guerras y las revoluciones, las consecuencias de éstas y la reacción de las masas humanas ante los cambios profundos de los Estados y de las sociedades; y, sin embargo, cuando nos toca vivir uno de

esos períodos turbulentos—iguales a cualquiera de los anteriores, como una gota semeja a otra gota,—nos sentimos tan lejos de su sentido y de su realidad histórica como si estuvieran ocurriendo en la luna.

En la historia, la flor de hoy es la raíz del futuro. Porque la vida de hoy es la misma que se fué y la misma de siempre. Vivir con la consciencia de que se vive, no es más que repetir el ayer y soñar el mañana.

Benito Pérez Galdós

LOS COMUNISTAS DE ESPARTA

Historia humorizada por *Arthur Weigall*

Versión especial para *Amenidades*

El famoso legislador espartano Licurgo, o Lukourgos, como le llamaban en su país, parece haber vivido en el siglo noveno antes de Jesucristo, y aunque muchos helenistas han dudado de su existencia, la opinión contemporánea es casi unánime en el sentido de que fue un personaje real, y aun se le reconoce como hermano probable del que fuera rey de Esparta.

Se dice de él que fue un viajero incansable, visitante de países como Creta, Ionia, Egipto, Libia y talvez la India; y que cuando retornó a su ciudad natal, los puntos de vista derivados de sus observaciones en muchos países sobre asuntos de gobierno y sociales llegaron a ser la base sobre la cual fue

edificado el notable código legal que él indujera a adoptar a los espartanos.

Estas leyes fueron de un carácter puramente comunista, aunque el Estado Socialista creado por Licurgo difería del comunismo moderno por razón del hecho de que él legislaba solamente para su tierra natal, considerando a los pueblos vecinos hechos solamente para la esclavitud, mientras que el bolchevique de ahora, en su agonía de abnegación, profesa creer que el extranjero es igual al comunista mismo.

Nadie ha sabido describir la apariencia física de Licurgo; mas si creemos que era un hombrecillo de cabeza grande y calva, de pequeña barba y bigote negro, hay que admitir que este retrato se deriva del que conocemos del comunista de los tiempos modernos. La historia tampoco nos dice cuál fue el fin de Licurgo. Abandonó una vez su país después de haber realizado su obra, pero no volvió jamás. Tal vez no pudo enfrentarse a la vida de condiciones miserables que él mismo había impuesto a Esparta.

*
* *

Licurgo no consumó sus reformas sin tener que luchar con una gran oposición, y aun se dice que una vez sufrió muy duros ataques de parte de cierto joven político llamado Alcandro, miembro del partido aristocrático, que llegó hasta perseguirlo en persona por toda la ciudad, propinándole al fin una tanda de estacazos en la cabeza. El origen de este célebre asalto, según nos dice Plutarco, fue la proposición de una ley que obligaba a todo hombre a alimentarse solamente con la comida preparada por un cocinero comunal y servida en una mesa también comunal, y aunque esta era en sí una razón suficiente para el

enojo de Alcandro, nos atreveremos a explicar, además, que la pérdida de la paciencia del joven aristócrata se debió principalmente a que Licurgo acababa de estar detallándole las diversas medidas que se proponía poner en vigor.

—En primer lugar—le había dicho el reformador—me propongo despojar de sus propiedades a los orgullosos terratenientes, y dividir las entre el pueblo, para que toda la nación sea como una familia de hermanos que tengan partes iguales de la propiedad paterna.

—¿Acaso te propones comprar las tierras a sus propietarios?—le preguntó Alcandro, mirándolo hostilmente.

—Yo los indemnizaré a su debido tiempo—contestóle Licurgo, sonriendo cínicamente.

—Ya entiendo —dijo Alcandro—; esto quiere decir que jamás serán retribuidos.—A lo cual Licurgo, sonriendo todavía, se concretó a contestar encogiéndose de hombros.

Ambos estaban sentados, durante el curso de este diálogo, en una de las cámaras ricamente decoradas del palacio ancestral. Alcandro, señalando las magníficas obras de arte que adornaban el salón, le dijo al reformador:

—Supongo que todo esto pasará a ser propiedad de la nación.

—¡Oh, nó!—replicó Licurgo—; todo será destruido, puesto que no es de utilidad pública, y aquello que no sea útil para el bien de la comunidad deberá desaparecer. Los salones hermosos requieren un mobiliario también hermoso, y un mobiliario hermoso conduce a una vida de pereza y de lujo. Todos los edificios serán, por lo tanto, en el futuro, toscamente construidos, y no ostentarán ornamentación alguna.

—En ese caso—añadió el joven—Esparta contribuirá muy poco de hoy en adelante al desarrollo de las bellas artes.

—¡No contribuirá nada!—fue la respuesta. Y, en efecto, el contingente de Esparta hacia los refinamientos de la civilización fue luégo, durante algunos siglos, casi completamente nulo.

Después de una breve pausa, preguntó Alcandro:

—¿Y qué clase de constitución te propones darnos?

Y Licurgo comenzó explicándose así:

—Según la nueva constitución, habrá dos reyes, uno que será miembro de mi familia, y el otro perteneciente a la familia de nuestros rivales. Estos reyes, sin embargo, no tendrán autoridad alguna, sino que solamente actuarán como cabezas de grupo «de paja», el uno vigilando los actos del otro. Habrá también un Senado, cuyos actos tendrán que ser aprobados por asamblea pública, quedando de este modo el poder enteramente en las manos del proletariado. Todos los hombres de más de treinta años de edad tendrán un voto en esta asamblea pública, con la sola condición, por supuesto, de que cada ciudadano haya llevado una vida útil en la comunidad.

—¿Lo mismo pobres que ricos?—interrogó Alcandro.

—No habrá ricos ni habrá pobres, amigo mío. Cada hombre tendrá su parcela de tierra, su casa, y el mobiliario esencial para una vida cómoda pero modesta. Todo el dinero será retirado de la circulación y no se harán operaciones de compra ni de venta.

—¡Qué dices!... ¿No habrá comercio?

—¿Para qué?... No será necesario. El Estado proporcionará a cada uno lo que necesite para mantener su vida. Mi propósito es acabar con el capitalismo en todas sus formas.

—¡Dios mío! ¡Cuán triste vivirá Esparta!

—Nada de eso—añadió Licurgo—. Me propongo hacer de la risa una función obligatoria para cada espartano.

—Me temo que no habrá mucho que nos haga reír—comentó Alcandro—aunque, eso sí, sobrará material para que rían de nosotros los Estados vecinos.

—¡Oh, nó!—replicó Licurgo torvamente—no se atreverán a hacer burla de nosotros, porque pasaremos por el más riguroso entrenamiento para la guerra, guerra defensiva, por supuesto. Mi propósito es que todo hijo de Esparta, desde su infancia, sepa que pertenece al Estado en cuerpo y alma, que su deber es trabajar para el bien común más que para el suyo personal, y que debe estar preparado para defender con su vida la herencia común también.

—Parece razonable—asintió Alcandro—pero, ¿cómo te las vas a arreglar para lograrlo?

—Verás. En primer lugar, cuando nazca un niño, sus padres tendrán que llevarlo a presencia de un comité especial para su inspección. Si el examen resulta negativo en cuanto a la buena salud del chico, sencillamente será tirado a la basura. Si el muchacho es sano, será devuelto a sus padres, quienes se encargarán de él hasta la edad de siete años, en que su educación y control quedará completamente a cargo del Estado, el cual lo sujetará a las pruebas más duras hasta que, a la edad de veinte años, esté físicamente preparado para el servicio militar.

—¿Se puede saber cuáles serán esas duras pruebas? Licurgo contestó encogiéndose de hombros.

—Habrá muchas. Por ejemplo, no se les permitirá que vistan sino de vez en cuando; les suprimiremos el baño; les haremos dormir sobre lechos de junco que ellos mismos se encargarán de cortar a mano

limpia y sin usar herramientas de ninguna clase; y, por supuesto, recibirán por temporada una buena tanda de azotes.

—¿Aun tratándose de niños buenos?

—Naturalmente. Los azotes tendrán el carácter de una prueba, de la cual sobrevivan solamente los más fuertes.

—¿Acaso quieres decir con ello que los demás morirán a estacazos?—preguntó horrorizado Alcandro.

—Exactamente! Tú lo has dicho—respondió Licurgo vivamente—. Los débiles serían solamente una carga para el Estado. Lo que es más, los tutores de esa juventud se encargarán de buscarles pependencias para que riñan y de este modo se desarrolle en ellos un espíritu de lucha; y, por supuesto, también serán enseñados a robar.

—¡A robar!—exclamó Alcandro horrorizado—¿A robar qué?

—Oh, manzanas de los huertos; de las hortalizas, lechugas; bizcochos de las tiendas, y cosas por el estilo, para que, si son sorprendidos, reciban como castigo una tanda extra de estacazos.

—¿Pero por qué azotarlos por aquello para lo cual han sido enseñados?

—No me entiendes, Alcandro. Se les azotará no por robar, sino por robar torpemente, dejándose coger con las manos en la masa—contestó Licurgo frotándose las manos—. ¿No ves? La idea es acostumarlos a las aventuras y los peligros de la guerra.

*
* *

Después de una breve pausa, Alcandro volvió a preguntar:

—¿Y cuánto tiempo durará el servicio militar de los jóvenes espartanos?

—Desde los veinte hasta los treinta años—fue la respuesta—. Pasado ese tiempo, se les asignará un trabajo en bien de la comunidad, y a los sesenta años todos serán pensionados por el Estado.

—¿Y las mujeres? ¿Qué será de las mujeres?

—Las jóvenes serán nacionalizadas. Pertenecerán al Estado, como los muchachos, y, como éstos, serán preparadas para una vida llena de asperezas. En todas las reuniones y procesiones públicas serán obligadas a despojarse de sus ropas y a caminar desnudas, para que se habitúen lo mismo al frío que al calor, y para que al mismo tiempo no adquieran esas maneras recatadas y necias que son el resultado inevitable del uso de muchos hermosos vestidos.

—¿Y el matrimonio? Con semejantes leyes, ¿qué pasará con el matrimonio?—preguntó una vez más Alcandro, mirando fijamente y con ansiedad los ojos de Licurgo.

—El Estado escogerá una mujer para cada joven espartano—respondió el legislador—. El día de la boda la novia tendrá que ser rapada y vestida con ropas masculinas, para no poner en peligro la dureza del novio por cualquier sentimiento de ternura hacia ella. Para que los resultados sean más completos, ambos tendrán que encontrarse juntos, por la primera vez, en la obscuridad, principalmente para que el prometido no sepa quién es ni cómo es ella.

—¡Dios mío, pero esto es increíble!—exclamó Alcandro.

—Ciertamente—contestó Licurgo socarronamente—pero al fin nos acostumbraremos a ello. Ah, me olvidaba decirte que con el objeto de acabar con la pésima tendencia hacia los celos, los maridos serán

obligados a permitir que sus respectivas mujeres tengan hijos de otros padres, naturalmente con la aprobación del Estado.

Alcandro se levantó indignado, y protestó de la siguiente manera;

—¡Pero tú pretendes destruir las verdaderas raíces de la vida del hogar!

—Es que no habrá la vida de hogar que estamos acostumbrados a conocer—explicó Licurgo—. Durante todo el día, tanto el marido como la mujer estarán muy ocupados trabajando en bien de la comunidad; y para que por las noches no haya nada que hacer, se prohibirá el uso de toda luz artificial.

*
* *

Alcandro, cuya indignación subía de punto, continuó su interrogatorio:

—Supongo que se permitirá que marido y mujer coman juntos.

—¡Oh, nó!—replicó Licurgo—. Todas las comidas serán públicas. Todo hombre será obligado a llevar a la cocina de la comunidad su parte de granos, legumbres, carne y vino, para que tenga derecho a comer, naturalmente, en la mesa de todos. Aquellos que hayan pasado de la edad útil, no comerán carne; pero con esta salvedad, todos, absolutamente todos, jóvenes o viejos, tendrán que participar de la sopa común.

—Supongo que esa sopa sea digna de tomarse—dijo Alcandro burlescamente—. Por mi parte, creo que antes de ir a la mesa tomaré mis alimentos en casita.

—¡Imposible! Eso jamás se te permitiría—se apresuró a contestar Licurgo—. Todo aquel que sea sor-

prendido consumiendo algo que no sea servido en la mesa pública, será severamente castigado. Te olvidas, Alcandro, de que no vamos a tener ninguna casta mimada o privilegiada.

Al llegar aquí el diálogo, Alcandro empuñó firmemente su bastón, al mismo tiempo que se arremangaba las ropas hasta enseñar los fornidos brazos desnudos.

—¡Esto ya es demasiado!—murmuró furioso apretando los dientes—. ¡Yo te daré un poco de tu sopa común!

Y arremetió contra Licurgo, que huyó de la estancia a la calle, en donde, después de una larga persecución, fue alcanzado por Alcandro. El joven aristócrata estuvo a punto de dejarlo muerto a estacazos.

Pero con todo y esto, cada una de las leyes propuestas por Licurgo fue puesta en vigor en Esparta.

EL PROTECCIONISMO ES
ANTILIBERAL POR ESENCIA

De *René van Meerbecke*
Diplomático belga

BELGICA ANTE EL PROTECCIONISMO MUNDIAL

En todas las conferencias internacionales reunidas últimamente para estudiar los remedios a la crisis económica que azota el mundo entero, se ha proclamado unánimemente la urgente necesidad de rebajar las barreras aduaneras y, de una manera más general, de suprimir los obstáculos que impiden la marcha nor-

mal y regular de los intercambios entre las naciones.

Desgraciadamente, sea para equilibrar presupuestos, sea para proteger productores nacionales, sea para reservarse los mercados internos, los gobiernos han seguido haciendo exactamente todo lo contrario de lo aconsejado por sus delegados.

Las repercusiones de esa política restrictiva han sido particularmente graves para Bélgica, la cual tiene, en el ajedrez del mundo económico, una situación muy especial.

Su numerosa y densa población, que pasa de ocho millones de habitantes, más o menos 267 habitantes por kilómetro cuadrado, estaría condenada a desaparecer rápidamente si no le fuera posible conseguir en el extranjero las diversas categorías de mercancías que requiere no solamente para satisfacer las necesidades de su alimentación, sino también para las otras necesidades esenciales referentes al vestido y al alojamiento. Bélgica tiene además que proveerse, fuera de su exiguo territorio, de materias primas a las cuales puede aplicar su mano de obra, creando así riqueza y toda clase de productos acabados en los mercados exteriores. Si es cierto que el pueblo belga vive sobre todo de sus exportaciones, no es menos cierto que necesita también de sus importaciones para conseguir pan y trabajo.

Obligada a abundantes cambios con el extranjero, Bélgica, más que cualquier otro país, tiene el mayor interés en una completa libertad de las transacciones comerciales y es naturalmente favorable a toda acción internacional que tienda a restablecer condiciones normales en los negocios.

En una hermosa carta, que conserva aún toda su actualidad, dirigida al ministro belga Renkin, jefe de la delegación belga a la última conferencia de

Lausana, el rey Alberto, la más alta autoridad del gobierno de Bélgica, ha denunciado con singular acierto las graves repercusiones en el campo económico mundial, de las medidas de restricción tomadas en todas partes, bajo la influencia de un nacionalismo mórbido.

Hé aquí ese llamamiento a la cooperación internacional para buscar remedios a los estragos de la crisis:

«Palacio de Bruselas, junio 17 de 1932.

Mi querido Primer Ministro:

Desde que la guerra terminó, todos los expertos consultados por los gobiernos han estado invariablemente de acuerdo en que la prosperidad de los pueblos y sus relaciones pacíficas están subordinadas a una mayor libertad en la circulación de sus productos, de sus capitales y de su mano de obra.

Desde que la crisis ha hecho sentir sus efectos, las recomendaciones de los hombres competentes son más y más apremiantes a este respecto. Desgraciadamente esos consejos no han sido atendidos. Cada Estado, obrando separadamente, ha usado de todos los medios de que disponía para salvar la economía nacional de los terribles estragos de la crisis. Ya aumentando los derechos de aduana, ya gravando los artículos con derechos suplementarios, ya prohibiendo la introducción de otros, ya aplicando el control al libre comercio de la moneda, parece que los gobiernos se hubiesen propuesto reducir en todas partes las importaciones. De ahí ha resultado una contracción inevitable de las exportaciones.

Las consecuencias de esta política de restricciones han sido nefastas. Con ella se ha llegado, como bien dice el comité financiero de la Sociedad de las Naciones, a la estrangulación del comercio internacional.

Desde hace tres años, el valor de los intercambios internacionales se ha reducido a la mitad, y esta reducción, todos lo saben, no se debe sino en parte a la baja de los precios. Durante el mismo período de tres años, el número de los sin trabajo se ha doblado.

Queda probado de manera definitiva que ningún país es capaz, por medio de sus propias fuerzas, de desviar a su favor el curso de la evolución económica. Sólo una acción conjunta de los Estados en el sentido de la solidaridad internacional podría remediar los males profundos que sufre el mundo. Es tiempo de que esa solidaridad se haga efectiva por medios más eficaces que los discursos.

Me parece que Bélgica no debería vacilar en emprender en este orden de ideas, la iniciativa que las circunstancias parecen imponernos, y asegurar para tal objeto el concurso de los Estados que, como el nuestro, se hubiesen convencido de la necesidad de un cambio radical en la política económica.

Yo sé, mi querido ministro, que mis preocupaciones son las suyas y las de todo el gobierno belga. Confío en que usted y sus colegas ayudarán a dar los pasos que reclama una situación de las más angustiosas que se hayan visto.

Créame siempre, mi querido ministro, su afectuoso

Alberto.

*
* *

Con esa carta, el rey Alberto ha invitado al pueblo belga a tomar iniciativas para una acción concertada que pueda afirmar la solidaridad entre las naciones en el terreno económico. No es tarde aún para que ese augusto llamamiento sea oído y para que los

pueblos de la tierra recuerden los grandes principios olvidados y vuelvan al libre juego de las fuerzas económicas y a las disciplinas tradicionales, sin las cuales nuestra civilización puede zozobrar en la miseria general y en la anarquía.

DEL «DIARIO DE COSTA RICA»

(23 de marzo de 1933)

—Vengo, se lo digo francamente, en nombre del *Diario de Costa Rica*, a buscar su parecer acerca de algunas cuestiones de actualidad. Espero que usted no me negará la entrevista.

—Cuando estoy desocupado, nunca me niego a conversar con un amigo que me dice sin mentiras: «Esto busco o esto quiero». Pero he de advertirle que, como pensador, la actualidad no me interesa. Sólo me importan el pasado y el porvenir. Una cuestión que no estoy preparado para comprender o cuyo alcance no logro percibir, es algo a que no presto atención. Yo no soy historiador.

—¿Historiador? Pues por ahí rompo el fuego. En mi programa traigo una pregunta histórica. A propósito de las hostilidades entre Colombia y Perú, he oído las discusiones entre quienes creen que la historia debe permanecer intacta, con todas sus páginas, y los que creen, por el contrario, que es humanitario el borrar la memoria de aquellos hechos que tienden a revivir los odios y divisiones entre los hombres. Usted que es pacifista, a ultranza a veces, ¿qué opina?

—Estoy por el respeto integral de la historia. No

hay que arrancarle nada. Si un hombre o un pueblo tiene algo a su deber, ponga a su haber otra cosa igual o equivalente. Para lavar una culpa, no hay más que repararla.

—Salto a otro asunto. ¿Qué nos dice de la campaña contra el LEGULEYISMO de nuestros estadistas?

—1.^o Que no era necesario dar a esa palabra una acepción indebida. Para entendernos, teníamos y tenemos el término *sofisma*. Según el diccionario oficial, sofisma significa: razón o argumento aparente con que se quiere defender o persuadir lo que es falso. 2.^o Que son las escuelas precisamente los institutos encargados de destruir los sofismas. 3.^o Que los sofismas del campo del derecho son mucho más fáciles de descubrir y, y por consiguiente, mucho menos peligrosos que los sofismas de los «hombres de ciencia» en funciones públicas. 4.^o Que es un mal síntoma el afán de atacar a los viejos que están acabando su papel. El hombre fuerte siente espontánea piedad hacia los que le han precedido con menor fortuna en la brega de la vida.

—Yo no replico, aunque me den ganas de hacerlo. Estoy aquí y he de llevarme un reportaje con sabor a encurtido de distintas legumbres. Hablemos del fumado, digo, del *renacimiento* del fumado en plazas y salones. ¿Será de veras un grave mal?

—Grave, nó. Es una gran vulgaridad; es el termómetro de la vulgaridad de la época. No responde a ninguna necesidad fisiológica. No se le puede comparar con el alcoholismo y menos con los excesos venéreos. No produce placer alguno en una persona sana. Apenas principia el fumado a ser agradable, puede uno estar seguro de que ya hay algo de averiado en su maquinaria.

—He dejado lo principal para último. Es un cues-

cionario de química. ¿Puede deteriorarse un motor construido para gasolina sola, si se le hace trabajar con una mezcla de alcohol y gasolina?

—Teóricamente, sí, puesto que en una cámara de combustión es muy difícil asegurar permanentemente la combustión completa del combustible, y que, en caso de combustión incompleta, el alcohol produce, en cantidad variable, o aldehído o ácido acético, o ambos a la vez.

—Estoy viendo sobre su mesa un folleto del Dr. Lafosse y quiero hacerle una pregunta acerca de él.

—Por hoy está llena la medida.

—Bueno, dejaré la pregunta para otra ocasión. Pero le ruego que me redondee la charla con una explicación escolar relativa a las palabras combustión y reducción. Para esto vine particularmente, en nombre de varios colegiales.

—Oiga usted y copie con cuidado:

Todos sabemos lo que es quemarse o arder o sufrir una combustión, y sabemos que hay cuerpos comburentes (como el oxígeno y los cuerpos que ceden fácilmente este elemento), y que hay cuerpos combustibles (como el hidrógeno, el carbono, el azufre, el fósforo, el silicio y los cuerpos en que predominan estos elementos).

Otra es la significación de los términos oxidante y reductor. Oxidante es opuesto a reductor, como comburente es opuesto a combustible; pero oxidante y comburente no son sinónimos, ni lo son reductor y combustible. Para ser oxidante o reductor, precisa que el cuerpo esté dotado de especial actividad química o facilidad para entrar en reacción. Un cuerpo es oxidante cuando en virtud de dicha actividad es capaz de dar oxígeno O DE QUITAR HIDRÓGENO; y es reductor cuando es capaz de quitar oxígeno O DE

DAR HIDRÓGENO. El cloro—y en ello se basan sus grandes aplicaciones—no es comburente, no es apto para alimentar una combustión ordinaria, pero es oxidante en presencia de agua y de un cuerpo oxidable, porque toma para sí el hidrógeno del agua y deja el oxígeno para el cuerpo oxidable. El zinc y el hierro no son fácilmente combustibles a la temperatura ordinaria, pero son en cambio activos reductores en presencia de un ácido no muy débil, pues producen entonces hidrógeno naciente (o atómico) que realiza la reducción deseada.

El gas nitrógeno del aire no es combustible, no es tampoco reductor, y es, sin embargo, oxidable. Su oxidación en grande escala es hoy una de las industrias más importantes para el agricultor.

Los hidrocarburos de que está formada la gasolina son combustibles, pero no son propiamente reductores, mostrándose químicamente apáticos o sin afinidades, por lo cual entran en la categoría de los cuerpos PARUM AFFINIS. No todos los hidrocarburos son parecidos a los de la gasolina. El acetileno, por ejemplo, no sólo es combustible, sino también vivo reductor y, más aún, aporta a las reacciones en que toma parte la energía de un cuerpo EXPLOSIVO, en el sentido propio de la palabra.

Antes de despedirnos de don Elías quisimos, por simple curiosidad, insistir en preguntarle sobre el folleto del Dr. Lafosse, que se halla actualmente en México.

El Dr. Lafosse escribe acerca del primer tomo de la revista APUNTES, elogiando la labor de nuestro compatriota.

—Desde luego—comenta el señor Jiménez Rojas—el Dr. Lafosse no está de acuerdo conmigo. Yo soy individualista y en favor del individualismo he ve-

nido haciendo campaña hace muchos años. El Dr. Lafosse es estatista. Sin embargo, tiene generosas palabras para mi trabajo.

—¿Y el colectivismo del Dr. Lafosse?

—Es condicional—nos dice don Elías—en cuanto que no acepta el estatismo actual. Para él, el Estado ha representado hasta ahora la fuerza. Y ellos, los colinsistas, tienden a que represente la razón.

—¿Y cuando la represente?

—Ese día habrá terminado mi individualismo, puesto que la razón impersonal es, sin duda, la perfección absoluta, el Dios ante quien todos nos postramos.

Este es el párrafo principal del Dr. Lafosse: «Yo veo que Ud. permanece tan individualista y anti-estatista como antes. Ud. tiene razón frente al Estado actual tal cual existe y ha existido hasta hoy: *el Estado expresión de la fuerza*. Pero no es, o mejor, no será más así cuando el Estado esté organizado como expresión de la Razón impersonal. Entonces habrá el máximum de libertad individual con el máximum de estabilidad del orden».

DE «LA TRIBUNA»

(30 de marzo de 1933)

—¡Hola, don Elías, corrido! Buscamos su respuesta al último artículo de don Bernardo Iglesias y no la encontramos.

—La explicación es clara como agua de roca. Yo iba perdiendo y hube de cortar la polémica.

—¿Perdiendo?

—Sí, señor. La mayoría de los lectores no poseen la capacidad requerida para apreciar los argumentos y se inclinan naturalmente del lado del menos conocido de los contendientes. Toda persona que tiene un

nombre ganado, aun cuando sólo sea a fuerza de años, como en el caso mío, debiera recordar que las multitudes son aquí, y fué de aquí, iconoclastas por instinto. Las multitudes se gozan siempre con la caída de los ídolos. Tal instinto no es esencialmente malo. Es a veces un factor importante de renovación.

—¿Y recordarlo para qué?

—Para no empeñarse en sostener una conversación pública con quien no merece las ventajas recíprocas que se derivan de una controversia sincera entre personas desigualmente informadas. Si yo hubiera tenido idea de la exigüidad del bagaje químico de la Escuela Nacional de Agricultura y de las maneras del señor Iglesias como escritor, no habría cruzado una palabra con él. En todos sus artículos ha estampado disparates de más en más sorprendentes. Para refutar mis afirmaciones, relativas a hechos experimentales, fáciles de comprobar por cualquier colegial, en un laboratorio químico cualquiera, ha creído deslumbrarme con el nombre de la cartilla escolar de que se vale en alguna ocasión, y me ha pedido el nombre de la mía.

Hay casos en que se desautoriza el que cita autoridades. Para saber, v. gr., qué ocurre cuando se ponen juntos el permanganato de potasio y el ácido sulfúrico, bastan estas dos cosas: conocer el ozono y hacer el experimento. Otro ejemplo. El químico conoce los múltiples caminos que conducen a la producción del ácido acético; pero no se necesita ser químico para saber que el ácido acético o ácido del vinagre es un producto de la oxidación del alcohol común (alcohol etílico), no del alcohol metílico. Todos sabemos, en efecto, que el vinagre se obtiene, naturalmente, corrientemente, por fermentación oxidante del alcohol común contenido en el vino y en los ju-

gos fermentados de los guineos, de las piñas y de muchísimos otros frutos azucarados.

¿Le estoy aburriendo? Aguante, que llego al final, que es lo peor. Varias veces me ha acusado de sofista el señor Iglesias, contra toda evidente justicia. En lo que escribo puede haber centenares de errores y es muy probable que los haya, pero sofismas, ninguno. El sofisma presupone mala fe o un interés personal, de este o de aquel orden, para hacer triunfar una tesis. En cuanto vengo escribiendo más o menos continuamente desde hace 20 años, ¿quién se atreve a señalar mi mala fe o mi interés mezquino? En el mundo del pensamiento, he estado, desde el primer minuto, resuelto a ahorcar mis hábitos o a pasarme a las filas contrarias, con tal de quedar del lado de la verdad. No puede sostener igual cosa el señor Iglesias, según se desprende del incidente mismo que ha motivado estas pláticas. Habiendo escrito en *La Tribuna* el señor don Humberto Alvarado Gallegos, que la gasolina es un cuerpo combustible, pero no reductor, le salieron el señor Iglesias y su ayudante de química el señor Chaves, con una inversión mental de los términos de la proposición y con un cambio de la palabra PERO por la expresión PUESTO QUE, y le dijeron:

«En vista de que el señor Alvarado continúa discutiendo tópicos que no están en discusión y que demuestra una vez más su falta de conocimientos de los fenómenos químicos al asegurar que la gasolina no es un cuerpo reductor, y temiendo que lleve su audacia hasta el punto de sostener que el carbón y el hidrógeno (elementos de que está compuesta la gasolina) no son reductores, puesto que son combustibles, sentimos no poder seguirlo por el campo de

la nueva química que ha ideado para prohibirle la entrada al alcohol a las cámaras de combustión, y nos limitaremos en adelante a reproducir las opiniones de reconocidas autoridades científicas sobre las mezclas de alcohol absoluto y de gasolina como carburantes».

—¡Ya caigo! Ahora comprendo por qué se metió usted en la danza.

—Pues ya me salgo. Valgan lo que valieren mis respuestas, el señor Iglesias no obtendrá ninguna mía, nunca más.

EL INSTITUTO DE ALAJUELA

Se desentierra el muerto para enterrar al vivo, decía un profesor ilustre en la Escuela de Derecho; sin embargo, debo confesar que no aspiro al título de sepulturero, y si de vez en cuando exhumo antigüedades es con el objeto de que no se pierdan al correr de los años. Muchas de estas investigaciones tienen un valor relativo, con frecuencia interesan solamente a un grupo limitado de amistades; mas para la historia de la cultura nacional es necesario consignar ciertos datos que después sería difícil obtener.

A pesar de la dificultad para recordar siquiera el número de nuestros compañeros de colegio, después de medio siglo, cuando muchos han muerto y nadie conserva los libros de matrícula, hemos logrado recoger más de cuarenta nombres, quizá con algunos errores y seguramente con muchas omisiones. Algunos de aquellos estudiantes han llegado a Secretarios

de Estado, Magistrados y Ministros Diplomáticos, o Comisionados Especiales en Exposiciones Internacionales; otros siguieron la carrera del Magisterio, el Notariado; alguno desempeña actualmente la Secretaría del Instituto; otros han sido profesores en el mismo establecimiento, etc.; de manera que aquella simiente ha producido sus frutos en servicio del país, sin contar con los beneficios parciales que se reflejan en la cultura general de la provincia de Alajuela.

Por las aulas del viejo Instituto Municipal pasaron: David Ardón, Gerardo Benavides, Jenaro Bonilla, Carlos Cabezas, Manuel y Rafael Calvo, Manuel y Tito Carrillo, Federico Carvajal, Manuel Casares, Ardilión, Célimo, Julio y Leonte Castro, Alberto, Leopoldo y Alejandro Fernández, Ricardo Fernández Guardia, Luis Loría, Mariano Matamoros, José María Flores, Carlos Montero, Rafael Obregón, Francisco y José Ocampo, Secundino Orozco, Maximiliano Pacheco, Alberto, Gumersindo y Roderico Rodríguez, Juan Paniagua, Ismael Rojas, Pompilio Ruiz, Ceslao Saborío, Clodomiro y Juan Sibaja, Federico Solórzano, Cipriano, Gerardo, Jenaro, Leopoldo, Carlos y Alberto Soto, Ildefonso Ulate, Buenaventura y Gerardo Villegas, Carlos Zamora, etc.

Nuestra educación primaria había tenido un carácter colombiano bien marcado: habíamos asistido primero a la Escuela Maternal de doña Carolina y la señorita María de la Guardia, su hija; después aprendimos la puntuación y pausas bajo ritmo musical: «La vaca come hierba, heno y pasto, uno, dos, tres, cuatro». Así enseñaba la señora madre de don Bernardo Uribe; ella tenía una escuela de párvulos, y su hijo era director en la Escuela Superior de Varones. Más tarde escuchámos, como alumnos, al mismo don Bernardo, a don Faustino Caicedo, don Antonio Mier, don José

María Barrionuevo y don Clímaco de la Roche, todos colombianos. Las Fábulas de Samaniego eran nuestro libro de lectura, corriendo el peligro de no aprender a leer, porque la cadencia del romance encomendaba a la memoria la mayor parte de aquellas lecturas. Sin embargo, aquella educación que parecía literaria, aparejaba las Matemáticas, la Geografía e Historia, sin descuidar los ejercicios físicos, baños de natación, etc., de manera que los alumnos del Instituto tenían bases amplias para entrar en los estudios superiores con el licenciado don León Fernández, que fue seguramente uno de los hombres de cultura más amplia que ha tenido Costa Rica y quizá la América Central.

Alajuela ha sido la tierra de todos: allí hemos visto un Gobernador cubano; el Director del Instituto portorriqueño, más adelante argentino; profesores españoles; Comandantes de cuartel ecuatorianos; médicos del pueblo guatemaltecos; Hermanas de Sión francesas, como directoras del primer colegio de monjas y Escuela Pública de Mujeres; Curas de nacionalidades diversas, sin que jamás se haya levantado una protesta lugareña.

El primer templo masónico que vimos estaba en la casa que fue de un sacerdote católico, como si aquella tierra privilegiada fuera un centro de tolerancia cosmopolita. No obstante tales manifestaciones que parecieran de un pueblo sin patria y sin hogar, ha producido un Gregorio José Ramírez, un Juan Santamaría, un Juan Alfaro Ruiz, tipos acabados del nacionalismo más puro y desinteresado que registran las páginas de nuestra historia.

Al terminar el segundo año del Instituto, en noviembre de 1880, decía el licenciado don León Fernández: «Nada puede ser más grato para todos aquellos que se interesan por el progreso moral e intelectual de Ala-

juela, que este momento solemne en que profesores y educandos ofrecen al público el fruto de sus labores durante el presente año. A pesar del número y variedad de las materias, y no obstante que los exámenes privados no han podido ser más rigurosos y, puedo decirlo, hasta inusitados, así por su duración, como porque en varias asignaturas los examinadores no se han limitado al texto adoptado en las clases, la mayor parte de los jóvenes han obtenido la nota de sobresalientes».

Al referirse a los trastornos e intrigas que parecían iniciarse para el año siguiente, agregó: «No temáis, jóvenes, por vuestro porvenir; vuestra carrera no será interrumpida, aunque fuera preciso continuar dando gratis las clases, a lo cual estamos dispuestos tanto el director como el cuerpo de profesores, antes que permitir la interrupción de vuestras tareas. Bien sabéis que no sería ésta para mí la primera vez que tengo el gusto de poner a vuestra disposición y gratis mis pocos conocimientos».

Ese era el león de bronce de Alajuela, el que nunca se dejó majar la cola, pero el más generoso de los hombres. No solamente daba lecciones gratis en aquel Instituto inolvidable, sino también en su casa, en víspera de exámenes, desatendiendo su clientela de abogado y sus negocios comerciales. Más aún, cuando se cerró aquel plantel de Educación Secundaria, a mediados del tercer año, por disposición económica gubernativa, el licenciado Fernández hospedó en su casa de San José algunos estudiantes para que termináramos en el Instituto Nacional nuestras labores, hasta llegar al Bachillerato, dieciocho meses más tarde, porque los cursos estaban compendiados entonces en cuatro años lectivos.

El Instituto inauguró sus tareas de matrícula en

enero de 1879 y al medio día del primero de febrero comenzaron las clases bajo la dirección de don Antonio Espinal, emigrado político cubano, que vino a Costa Rica con el doctor Zambrana, don Pedro Acosta y otros varios, a los cuales se procuró colocar de manera que su destierro les fuera llevadero hasta donde nuestros pequeños recursos económicos lo permitían. El doctor Zambrana se radicó en San José, don Pedro Acosta ocupó la Gobernación de Alajuela y su hijo servía como militar, en servicio activo, en el cuartel de Alajuela,

En su principio las clases estaban reducidas a Aritmética razonada, Geografía e Historia Antigua, Castellano, Caligrafía, Latín, Religión e Historia Sagrada, Inglés, Francés y Teneduría de libros, para el primer año. Como profesores había el mismo director Espinal, el presbítero español doctor José Rodríguez, licenciado Andrés Avelino Sibaja, don Juan José Martínez, don Faustino Caicedo, y después don Benjamín Piza, como profesor de Inglés y Francés. El director ganaba 150 pesos oro y los profesores 90 ó 60 según las horas que tuvieran de servicio.

Se había destinado para local del Instituto el Cuartel Viejo, situado en la esquina Nordeste del Mercado actual; era un edificio de gruesas paredes de adobes, pero amplio, de un cuarto de manzana, y con salas espaciosas para aulas, dirección, secretaría y salón de actos públicos, sin que se echara de menos un cuarto oscuro para recluir a los alumnos acusados de alguna falta, y que por cierto conocí muy a pesar mío, por no denunciar a los autores de un escándalo que molestó con justicia al señor director don León Fernández, al finalizar el primer año de labores, pues en setiembre renunció don Antonio Espinal, y el licenciado Fernández se hizo cargo del Instituto, en

octubre, para terminar el año lectivo, con la única condición de que sus servicios fueran gratis, como director y profesor de algunas asignaturas, en que entraban el Latín, Francés e Historia; así terminamos el año de 1879, con resultados excelentes, a pesar del retiro del señor Espinal, cuando faltaban apenas tres meses para rendir los exámenes finales.

En 1880 tomó el colegio, por contrato, don Enrique Villavicencio, mediante una subvención de 400 pesos mensuales, que pagaban por mitades el Gobierno y la Municipalidad de Alajuela. La matrícula era de tres pesos por trimestre, pero los niños pobres no estaban obligados a pagar y recibían además los útiles y libros que necesitaban.

En el segundo año recibíamos: Etimología, Retórica y Poética, Historia de la Literatura Española, Latín, Algebra, Geometría plana, Dibujo lineal, Historia Romana y de la Edad Media, Inglés y Francés. El fuerte del señor Villavicencio eran las Matemáticas. Así, con la ayuda gratuita del licenciado Fernández, se sostuvo el Instituto con pocos profesores auxiliares, de los mismos que habían servido el año anterior, o con ligeras variantes, en que entraron jóvenes como Miguel Obregón, Marcial Rojas, Marcelino Pacheco, etc., quienes se conformaban con una dotación reducida, para sostener el Instituto, pues allí se educaban sus propios hermanos.

Al iniciarse los trabajos del tercer año, en 1881, el número de alumnos había crecido considerablemente, y como la subvención no crecía de la misma manera, algunos alumnos, como Cipriano Soto, se ofrecieron para dar lecciones en el primer año; así pudo sostenerse la vida del plantel hasta mediados del curso, en que el Gobierno le quitó la pequeña subvención

de que había disfrutado para atender al pago de profesores.

Durante ese tercer año recibíamos: Trigonometría rectilínea, Astronomía, Cosmografía, Historia especial de Costa Rica y Centro América, Historia Moderna y Contemporánea, Química, Historia Natural y Agricultura. La subvención, que era de 450 pesos, se suspendió, y como había profesores, entre ellos el señor Villavicencio y don Manuel Veiga López, que vivían exclusivamente de su sueldo, se apagó la lámpara de Educación Secundaria, sin que la buena voluntad de los jóvenes Obregón, Rojas, Pacheco y otros, pudiera reanudar eficazmente sus labores, a pesar de los esfuerzos inauditos que hicieron en ese sentido. Don León Fernández trasladó su domicilio a San José, y Alajuela se quedó prácticamente a oscuras por algunos años.

En la Gaceta Oficial de 14 de marzo de 1880 informa el señor Gobernador de Alajuela lo siguiente: «Como lo habíamos pensado, el señor don Enrique Villavicencio, que en enero tomó a su cargo el Instituto Municipal de esta ciudad, por contrato celebrado con la Honorable Corporación, lo ha organizado convenientemente con cinco competentes profesores, y establecido una escuela preparatoria.

» El número de alumnos que hoy tiene excede de cuarenta, y los resultados vienen siendo satisfactorios y hacen cifrar en ellos un buen porvenir para la juventud».

En el periódico josefino *El Imparcial* de aquella época, se publicaron algunos artículos referentes en parte al Instituto de Alajuela; pero tales escritos tienen el carácter de polémica, cuyos actores duermen desde hace muchos años el sueño tranquilo de la vida eterna, que todos debemos respetar.

Queda para los jóvenes actuales la tarea de completar estos datos, en lo que se refiere a las etapas posteriores del Instituto de Alajuela, considerando estos apuntes tan sólo como la primera piedra colocada con la mejor buena voluntad por quien conserva los recuerdos más gratos de aquella institución inolvidable.

Anastasio Alfaro

Marzo, 1932.

(De *Repertorio Americano*)

LA ETERNA HISTORIA DE LAS DICTADURAS

Después de Rusia, después de Italia, de tantos otros países, le ha llegado el turno a Alemania. Vamos a presenciar otro ejemplo, el más grave por sus consecuencias, de usurpación dictatorial por Hitler y sus huestes y aliados. ⁽¹⁾

El mundo observa, inquieto y estupefacto, lo que acontece en Alemania. Todos estos experimentos dictatoriales que se vienen sucediendo desde hace quince años le han cogido de sorpresa. El mundo se encuen-

(1) Este artículo fue escrito antes de que se evidenciara el intento de dictadura del presidente Roosevelt. A mi juicio, esta dictadura, de realizarse, llenaría la medida.

Vamos a pasar un mal rato. Pero no hay que desconsolarse. Tras de la lluvia, el sol. La hipertrofia del Estado, los gobiernos arbitrarios, el nacionalismo asfixiante, todas las agravadas manifestaciones del mal que padece hoy el mundo, nos van a obligar a encontrar pronto el camino de la salvación.

tra ante ellos como frente a un fenómeno nuevo. Y sin embargo, la historia de las dictaduras se repite desde hace veinte siglos, siempre la misma, como obedeciendo a una ley constante.

En los comienzos surge siempre una perturbación violenta de un viejo orden legal. A veces un hombre, a veces un grupo, se halla en cierto momento empujado por las circunstancias—más aún que por su ambición—a adueñarse del Poder por un golpe de fuerza. El hombre o el grupo que ejecuta el golpe de fuerza cree siempre que la violación de la legalidad sólo será excepcional y pasajera; que una vez dueño del Poder legitimará ese Poder por actos de brillantez y relieve que impondrán a la mayoría reconocimiento y admiración. Hace promesas, trata de cumplirlas, se agita, intenta, se arriesga... Pero la ilegitimidad del Poder provoca oposiciones, desconfianza, celos, críticas, que asustan al dictador precisamente porque su poder carece de una sólida base de Derecho. El dictador se defiende reforzando su régimen de violencia y recurriendo a la corrupción. Pero con ello agrava el carácter ilegítimo de su poder: su violencia y su corrupción excitan la oposición, la antipatía y aversión, las tentativas de resistencia—legales o ilegales—. Estas, a su vez, empujan al usurpador aun más lejos en el camino de la violencia y de la corrupción. Es decir, de la ilegitimidad. Con el deseo de no apoyarse exclusivamente en la fuerza, a medida que su poder se hace más violento, el dictador se ve llevado a tratar de justificarse por los resultados: a hacer creer que realiza cosas grandes, cosas que ningún otro poder sería capaz de hacer.

Mas sea el dictador un grande hombre auténtico o un mero charlatán, consiga realizar grandes cosas o se vanaglorie tan sólo de realizarlas, tropieza siem-

pre con el mismo inconveniente: los resultados de una política son siempre discutibles, mientras que un principio de Derecho consolida a un Gobierno en la medida en que todo el mundo lo reconoce sin discusión. Desde el momento en que un gobierno trata de legitimarse por los resultados de su obra, toda crítica de su actividad se le hace insoportable. Dudar de los resultados de su política equivale a poner en tela de juicio su derecho a gobernar, a declararlo ilegítimo y usurpador, a «atentar contra la seguridad del Estado». De ahí la necesidad para un gobierno usurpador de imponer como dogma su infalibilidad, de ahogar toda crítica independiente.

Pero esta violencia, añadida a las otras, exaspera a las oposiciones; y de ahí surge otra vez para el poder dictatorial la necesidad de intensificar todavía más la violencia, de hacerse más absoluto, de librarse más aún de toda fiscalización: es decir, de hacerse también más ilegítimo todavía. Hasta el momento en que, tras haber buscado durante algún tiempo la solución del problema en esa dirección, el dictador es rechazado por la ilegitimidad creciente de su poder en la dirección opuesta: la de buscar nuevamente la justificación de su poder en los resultados. Si los resultados anteriores no bastaron, habrá que obtener otros mayores, reales o fingidos. Si se trata de resultados genuinos y serios, será preciso imponer al pueblo riesgos y esfuerzos más grandes; si se trata de resultados imaginarios, el charlatanismo de los embaucamientos oficiales aumenta hasta lo absurdo. Así, poco a poco, el dictador se hunde cada vez más en la ilegitimidad de su poder, hasta crear una situación inextricable, de la que no puede salir, salvo por una catástrofe. Catástrofe que se llamará, para Julio César, los Idus de marzo, y, para Napoleón, Waterloo. Pero

la catástrofe será una liberación para todos: para la dictadura como para sus víctimas.

Tal es el ciclo que todas las dictaduras han recorrido, idéntico en todas como la órbita de un planeta: la dictadura de César como la de Cromwell o de Napoleón. Se vuelven a encontrar en todas, las mismas ilusiones, los mismos errores, las mismas acciones y reacciones. Se explica úno que el mundo occidental no haya comprendido de qué se trataba en el caso de César o de Cromwell. La dictadura de César fue breve, concentrada en cuatro años, en las postrimerías de una existencia llena de empresas mucho más importantes, y desapareció, como Rómulo, en la gran tormenta que desvastó la República después de su muerte. La dictadura de Cromwell recorrió su ciclo en un rincón de Europa, apartada de ésta. Inglaterra no tenía en aquella época la situación mundial que ha adquirido luégo; su revolución y las consecuencias inmediatas de ésta no fueron a la sazón sino acontecimientos internos. El resto de Europa solamente se ocupó de ella en la medida en que podía afectar sus intereses. La dictadura de Napoleón, empero, hubiera debido ser una experiencia decisiva para todo el mundo occidental por lo larga, clara y completa. Hubiera debido revelar definitivamente a nuestra civilización la naturaleza y los peligros de este monstruo que es el poder ilegítimo, puesto que esa dictadura se desarrolló en el centro del mundo occidental, en un momento decisivo de la Historia, ante las miradas atentas del universo; y que tuvo el desenvolvimiento más cabal que cualquier dictadura haya tenido jamás, desde sus orígenes modestos, a través de las oscilaciones intermitentes por las cuales la dictadura napoleónica se encerró en su propia ilegitimidad, hasta la situación más inextricable y una

de las catástrofes más gigantescas de la Historia universal.

¿A qué aberración se debe que el mundo occidental haya falseado esa inmensa experiencia, que le había costado tanta sangre y que hubiera debido dar a su espíritu la madurez definitiva, convirtiéndola en aventura romántica de un joven héroe semifabuloso, capaz de excitar agradablemente la imaginación de los jóvenes y de las mujeres, y de suministrar materia a los poetas, a los novelistas o a los fabricantes de películas? ¡Cuánta desgracia hubiera evitado el siglo XIX de haber comprendido la aventura por la cual había entrado en la Historia y de haber aprovechado la lección!

Pues bien: lo que no se ha hecho todavía, tiene que hacerse ahora. Es preciso que el occidente conozca la realidad histórica sobre la cual el siglo XIX ha bordado su leyenda romántica del tirano salvador, si es que no quiere ser hundido por las usurpaciones que se multiplican un poco por todas partes, en Europa, en Asia, en América. Grandes o pequeñas, esas usurpaciones dictatoriales no constituyen hoy, ni fueron nunca, soluciones, sino, al contrario, complicaciones. Complican hasta el extremo una situación ya difícil, que después de la usurpación sólo puede resolverse por una catástrofe.

El occidente no tiene, pues, nada que esperar de estas usurpaciones, que no pueden sino aumentar las dificultades en medio de las cuales se está debatiendo. Es, sobre todo, necesario desconfiar de las promesas extraordinarias que suelen hacer estos dictadores, como si tuvieran la facultad de modificar la Historia. Detrás de sus promesas se oculta siempre una cuestión mucho más modesta, pero la única que interesa verdaderamente a quienes han de obedecer a un go-

bierno de usurpación: si éste tiene o no el derecho a mandar.

Si las clases dirigentes de occidente hubiesen conocido estas sencillas verdades, si no hubieran nutrido su espíritu desde hace un siglo con falsificaciones románticas de la Historia, Europa no se hallaría en la situación de presenciar hoy en Alemania una usurpación dictatorial acaso capaz de precipitar a Europa en el caos. ¡Que el peligro en el cual nos vemos nos ayude, al menos, a encontrar el camino de la verdad y de la salvación!

Guillermo Ferrero

NOTAS

Hay en este cuaderno un artículo de Guillermo Ferrero tomado de un periódico español. Aquí damos ahora un extracto de otro artículo, que aparece en el No. 25 de marzo de *L'Illustration*:

La timidez de una época que duda de sus tipos o patrones de medida—porque no los tiene o porque los tiene en demasía y contradictorios—, se revela en el abuso que hacemos de algunas palabras. Ejemplo: la palabra *interesante*. La revolución rusa es interesante; la pintura cubista es interesante; las sesiones del Consejo de la Sociedad de las Naciones son interesantes. ¿Por qué tenemos siempre en los labios esta palabrita? Porque es una palabra neutra, colocada a medio camino y a distancia igual entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo. Escapatoria cómoda, que nos dispensa de emitir un juicio comprometedor en un sentido u otro.

Yo me pregunto si la misma debilidad psicológica no se descubre en estas dos palabras de que se abusa ya tanto: *economía dirigida*, o sea, estatización de la industria, del comercio, de la agricultura, o, más claramente, capitalismo de Estado. Se discute la fórmula, *economía dirigida*, como si encerrara un secreto milagroso para la salvación del mundo. Se habla de la *economía dirigida* como si la economía fuera un barco sin piloto y que bastara darle uno para que desaparecieran todos los males de que se duele el mundo. ¿Quiénes han de dirigir la economía y hacia dónde?

La economía del mundo ha estado dirigida por pequeños grupos independientes, de banqueros, de industriales, de grandes comerciantes; pero como las cosas no van bien, se les echa la culpa a esos pequeños grupos y se piensa que transfiriendo al Estado la dirección de la vida económica, todo se va a arreglar. ⁽¹⁾

La causa de la crisis económica es muy simple y muy profunda, pero no es de orden económico. Si para remediar la crisis se encarga a los gobiernos de dirigir el trabajo de los pueblos, no se logra más que empeorar la situación. Si se vuelve la espalda al problema moral, si lo que se busca es una mayor riqueza en un tiempo más corto, hay que dar la mayor libertad posible a la actividad, al espíritu de empresa, a la audacia individual. De esto, el siglo pasado dió la demostración en las escuelas y una prueba experimental que es histórica.

Al lado de los valores económicos están los va-

(1) ¡Como si los hombres incapaces de algo, se hicieran capaces al transformarse en funcionarios!

lores morales. Invocar la economía para restringir la libertad económica es hacer *capitalismo contradictorio*. La limitación de la libertad económica sólo tiene razón de ser cuando se inspira en principios que no son de orden económico.

Al cabo de quince años de esfuerzos desesperados, la revolución rusa no ha logrado más que establecer *la igualdad en la pobreza*.

*
* *

Casualmente, y sin deseo de nuestra parte, hemos hablado de los fenómenos de oxidación en el instante mismo en que se estaba celebrando en todo el mundo el segundo centenario del nacimiento de Priestley, teólogo y químico, a quien debemos el descubrimiento del oxígeno. Este centenario ha sido particularmente festejado en los Estados Unidos, a causa de la amistad del sabio inglés con Washington, Franklin, Adams y Jefferson.

*
* *

Pase que los necios hablen del «moribundo individualismo»; lo imperdonable es que personas de mediana cultura repitan una expresión tan estúpida. Moribundos—que hemos de morir—somos todos, individualistas y colectivistas. Nó el individualismo ni el colectivismo, que existirán siempre, en tanto existan individuos viviendo en sociedad.

El hecho histórico es que el individualismo *predomina*, digo, ha predominado indefectiblemente en las sociedades felices y pujantes.

*
* *

Todos sabemos que la tuberculosis es una de las más terribles enfermedades. Las discusiones que ella provoca no pueden sernos indiferentes. Y si las circunstancias en que se han desarrollado nuestras actividades nos han permitido adquirir alguna experiencia personal y formarnos una opinión, debemos hablar con franqueza, aun cuando sea—cosa que siempre duele—para borrar lo que en otro tiempo profesámos.

Oficialmente, nos tocó la suerte de ser en Costa Rica los primeros propagandistas de las enseñanzas de Grancher y de Petit. Hoy, 40 años más tarde, sería muy poco lo que podríamos repetir de dichas enseñanzas. Después de diez años de seguir con interés las investigaciones de AUGUSTO LUMIÈRE, nos encontramos hoy a su lado y creemos cumplir con un deber al resumir sus dos principales conclusiones, tal como las cristaliza nuestro propio pensamiento:

1.^a No tomando en cuenta algunos casos excepcionales, de difícil interpretación, hay que admitir que la tuberculosis es una enfermedad extremadamente poco contagiosa en los adultos.

2.^a La tuberculosis se propaga de uno de estos dos modos: o la herencia, o la contaminación de los niños de pecho.

Léanse ahora algunos trozos textuales del Dr. Lumière:

«Desde el principio de sus estudios y durante toda su carrera, con frecuencia muy larga, los médicos han vivido con la noción de que la tuberculosis se propaga únicamente por contagio. Esta creencia, universalmente profesada desde hace más de cincuenta años, está admitida como un dogma intangible y de-

finitivo; está sólidamente arraigada en los espíritus, y es fácil concebir cuán peligroso ha de ser para un autor levantarse de pronto contra ella, pretendiendo que esta concepción príncipe es de todo punto falsa.

Si tenemos el valor de manifestarnos contra una opinión casi unánime es porque, desligados de todo prejuicio clásico, hemos adquirido una convicción propia profunda, después de haber acumulado sobre este asunto, durante más de un cuarto de siglo, numerosos experimentos de laboratorio, millares de observaciones clínicas minuciosas, múltiples documentos demográficos comprobados y estudios metódicos constantes, proseguidos sin ninguna idea preconcebida».

«:Qué ocurrió para que los patólogos, hará cosa de cincuenta años, se pusieran a afirmar todos de improviso la contagiosidad de la tuberculosis, contagiosidad en la que nadie creía hasta aquel entonces? Sencillamente, que en los albores de los memorables descubrimientos de Pasteur, algunos autores, que ocupaban por cierto los puestos más altos de la Medicina, por una generalización abusiva fueron más allá del pensamiento del gran Maestro, quien les había sin embargo puesto en guardia al proclamar la influencia preponderante del terreno sobre el microbio en muchos casos. Poco después del descubrimiento del bacilo de Koch que los hipnotizó, pretendieron formalmente que la enfermedad no se propagaba más que por contagio, profesando desde entonces acá esta noción, desarrollándola en los tratados e infundiéndola en el ánimo de toda una generación de médicos que la han aceptado sin discusión y sin pruebas».

«Tomando por pretexto concordancias fortuitas, los partidarios del contagionismo se niegan a responder a las objeciones tópicas que hemos formulado: no quieren ver nada, ni oír nada, ni examinar nada; los innumerables casos negativos nada les dicen; la imposibilidad de descubrir un solo tisiólogo que haya sido contaminado por sus enfermos, la inexistencia del contagio en medios como los sanatorios, que la acumulación de vectores de gérmenes debería hacer sumamente peligrosos, la falta de contagio conyugal en las condiciones de promiscuidad más eminentemente favorables para la propagación de la infección, y, en suma, la enormidad del número de casos en que el adulto escapa al contagio a pesar de la multiplicidad y la repetición del comercio más íntimo con los tísicos, todo eso no tiene importancia a los ojos de los contagionistas, y todo cuanto hemos escrito sobre este asunto no es sino letra muerta para ellos».

«Siendo así que el número de tuberculosos que esparcen profusamente bacilos a su alrededor es muy considerable, puesto que la quinta parte de la población de nuestro país muere de esta enfermedad, y considerando, por otra parte, que los individuos que viven en contacto permanente con estos vectores de gérmenes, sobre todo los que pertenecen al personal de los sanatorios y hospitales de tuberculosos, y de una manera especial los consortes de enfermos del pecho, absorben forzosamente y de una manera prolongada y continua bacilos en cantidad que a veces puede ser muy importante, sobre todo en las promiscuidades conyugales, cabe preguntarse en virtud de qué procesos de protección tales individuos quedan preservados de los ataques de la infección.

Dos factores principales parecen concurrir en la realización de esta protección: la defensa linfóidea en el tubo digestivo y la defensa de orden profiláctico particularmente activa en la sensibilización por las proteínas tuberculínicas».

«Ante todo debemos hacer una observación previa, que ilustrará uno de los mecanismos de la inmunidad antituberculosa en los adultos: nos referimos al contraste de esta inmunidad con la receptividad innegable de los niños de pecho. Si no hemos podido citar un solo caso cierto de contagio en el adulto, en cambio los casos de infección de los niños de pecho que viven en contacto con individuos tísicos son numerosos e incontestables.

Uno de los más típicos es el siguiente: REICH refiere el caso de diez recién nacidos asistidos durante el parto en Neuenburgo por una matrona tísica y que murieron de meningitis tuberculosa en el espacio de catorce meses, en tanto que en los demás niños que vinieron al mundo en la misma ciudad, pero cuyo parto fue asistido por otras matronas o por el tocólogo, no se observó ningún caso de muerte por esta causa. La matrona tísica tenía la costumbre de practicar insuflaciones con la boca en las vías respiratorias del recién nacido, aun cuando no presentase señales de asfixia.

Por otra parte, se ha señalado el hecho de que los niños nacidos de padres indemnes de tuberculosis y confiados a nodrizas tuberculosas, morían a veces de meningitis; los niños de pecho amamantados por su madre tuberculosa en último grado sucumben también a veces a la misma enfermedad. En todos estos casos la realidad del contagio postnatal no ofrece la menor duda y la historia de la matrona de Neuen-

burgo hasta tiene el alcance demostrativo de un experimento de laboratorio.

¿Cuál es, pues, la razón de esta receptividad particular de los recién nacidos, en tanto que los adultos son refractarios a la infección?

Hemos creído que la clave de este fenómeno singular debía buscarse en la diferencia de estructura del revestimiento del epitelio intestinal en el niño de pecho y en los individuos de mayor edad.

Se admite hoy día que la principal vía de penetración del bacilo en el organismo está representada por el tubo digestivo. Ahora bien, las células epiteliales del intestino del recién nacido no presentan su forma definitiva, como ha demostrado DISSE, en el momento del nacimiento; hasta después de efectuado el acto digestivo no adquieren su estructura normal, pero independientemente de esta modificación morfológica del epitelio propiamente dicho, la túnica interna del intestino está, en el momento del nacimiento, desprovista de formaciones linfoides, que aparecen bien presto a favor de la flora microbiana saprofítica de este órgano. Estas formaciones linfoides constituyen la barrera que viene a proteger el tierno organismo contra la infección microbiana. La falta de esta barrera en el momento del nacimiento es la que permite la penetración del B. C. G. en el medio interior, y por este motivo la vacuna de Calmette Guérin debe administrarse inmediatamente después del nacimiento.

El tiempo necesario para la constitución de una protección linfóidea sólida no se ha determinado exactamente, pero no cabe duda que durante los primeros días y aun durante las primeras semanas de la existencia, el intestino presenta una permeabilidad innegable a los gérmenes sépticos y particularmente a

los bacilos de Koch, permeabilidad que luégo desaparece».

«La diseminación del germen tuberculoso es considerable, dado el número enorme de tísicos que lo cultivan y lo esparcen profusamente por doquier. Los bacilos de la expectoración no pueden ponerse nuevamente en suspensión en la atmósfera hasta después que se hayan desecado los esputos, cuando ya han perdido la vitalidad en la inmensa mayoría de los casos.

Los cadáveres microbianos que infestan así el medio ambiente son ingeridos de manera continua por los habitantes de las aglomeraciones donde se encuentran tísicos, y bien puede decirse que los hay por todas partes.

En un momento dado, toda vez que esta ingestión se prosigue durante años y años y aun durante toda la vida, ocurrirá que las materias bacterianas conseguirán penetrar en el medio interior para crear un estado anafiláctico, un estado alérgico, según el término habitual, que constituirá una inmunidad gracias a la cual el organismo estará protegido contra los ataques ulteriores del germen vivo».

«Para afirmar que un enfermo ha sido contaminado habría que asegurarse, naturalmente, de que su afección no es hereditaria, es decir, que sus ascendientes están indemnes de bacilosis.

Ahora bien, la investigación de la herencia es muy delicada; incluso hay numerosos casos en que es imposible, pues para que esta investigación sea probatoria es preciso que los ascendientes del enfermo sean examinados médicamente y de una manera metódica y completa y que además se les saquen radiografías por los motivos que luégo indicaremos.

Si los padres del tuberculoso han muerto o están ausentes, si por uno u otro motivo las investigaciones que acabamos de mencionar no pueden efectuarse con todo rigor, está formalmente vedado hacer afirmaciones. Inscribir en una observación de tuberculosis, como vemos que se hace todos los días, la mención: «No hay antecedentes bacilares en la familia», después de un simple interrogatorio del enfermo, constituye, a nuestro entender, una falta grave, y el número de indicaciones falsas que hemos descubierto en los casos de esta especie no tiene fin ni cuento.

«Los casos en que no hay contagio a pesar de las condiciones más eminentemente favorables para la transmisión y la recepción del germen, son ciertamente innumerables, y este hecho no deja de ser desconcertante. Por nuestra parte, nosotros los encontramos en cada una de las consultas de la clínica de nuestros laboratorios; vemos constantemente que uno de los cónyuges expectora constantemente bacilos en abundancia y con frecuencia desde hace mucho tiempo (varios años talvez), sin que el otro haya tomado nunca la menor medida profiláctica, y a pesar de ello este último permanece invariablemente indemne si no es de familia tuberculosa y no vino al mundo con el virus o el agente séptico, que será más tarde el único responsable de su enfermedad, independientemente de la afección del otro cónyuge.

Numerosos autores, sin embargo, han pretendido y siguen pretendiendo que la transmisión de la infección de un cónyuge al otro dista mucho de ser excepcional; mas los que tal tesis sostienen, únicamente se apoyan en observaciones hechas de manera superficial, en las cuales no se ha efectuado nunca el examen clínico y radiológico de los ascendientes.

Se contentan con registrar coincidencias y razonan como si el otro cónyuge no tuviese la posibilidad de ser ya por sí mismo tuberculoso; atribuyen a estas coincidencias relaciones de causa a efecto con increíble ligereza, sin parar mientes en lo que hacen. ¡Y pensar que la creencia en el contagio bacilar se basa en hechos y conclusiones de este género!».

*
* *

La arbitrariedad de un gobierno no se mide por el número de las personas que lo ejercen. Una persona que asume todos los poderes, pero que se sujeta a la razón y a la justicia, no es un dictador ni menos un tirano.

Lo grave del momento actual es que todos los gobiernos, el de Rusia, el de Italia, el de Estados Unidos, tienden hacia la arbitrariedad. Está en el aire el desprecio de los principios o leyes. Para disculparse, caudillos y masas llaman prejuicios a los principios y se entregan a sus personales desvaríos.

Del Boletín de Información Colombiana

DR. ANTONIO JOSE RESTREPO

Un acontecimiento doloroso para Colombia tenemos que anotar en este Boletín: El fallecimiento del doctor Antonio José Restrepo, ocurrido a principios del mes en Barcelona, donde pasaba una temporada en busca de salud.

Llegó el doctor Restrepo a muy avanzada edad, y durante toda su vida pública, que empezó de muy joven, ejerció activa influencia en los acontecimientos del país. Hombre de claro y vigoroso intelecto, escritor, poeta, orador de potentes facultades, diplomático distinguido. Representaba últimamente a Colombia ante la Liga de las Naciones, en compañía de Eduardo Santos. La había representado antes por mucho tiempo ante la Corte de Justicia de la Haya.

De organismo fuerte y de carácter recio, en su vida no hubo momento de descanso. Afiliado a la escuela liberal, en sus luchas políticas era un poderoso contendor que siempre sacaba avante sus ideas.

Como doctrinario, arrolló y venció en lucha parlamentaria memorable que duró una semana y en la que habló por tres días seguidos, a los más destacados parlamentarios del partido contrario que querían restablecer en Colombia la pena de muerte, a quienes con la historia, de la que hacía desprender deducciones poderosas; con la ciencia, que marca la verdad,

con lógica contundente les cortó el intento de acción reaccionaria contra la conquista más grande de la civilización: la inviolabilidad de la vida humana.

Como crítico era mordaz, cáustico, terrible. Con sólo unas dos estrofas enterró para siempre a un aspirante a literato que no pudiendo hacer libros buenos, se convirtió en quemador de los ajenos.

El doctor Antonio José era primo de nuestro querido doctor Eduardo Uribe Restrepo.

Deja huellas hondas en todos los senderos que transitó.

JOSE C. BORDA

También tenemos que lamentar la desaparición de este distinguido ciudadano y buen patriota, que llevó una vida fecunda, laborando siempre en bien del país.

Atildado y conciso escritor, profundo en finanzas, su voz se hacía sentir con la fuerza de una lógica incontrastable. Fue brillante impugnador del papel moneda sin respaldo que inundó a Colombia durante una época aciaga, y puede decirse que su labor contribuyó poderosamente a la eliminación de él.

En Costa Rica, por allá en 1910, don Elías Jiménez Rojas, que siempre se ha preocupado por los asuntos importantes de su país, reprodujo en folleto, para repartirlo gratis, un importante y profundo estudio del señor Borda sobre el papel moneda sin respaldo y los funestos resultados y progresiva ruina que trae a las naciones que se lanzan por ese camino.

Como polemista fue el señor Borda acerado, incisivo, pero siempre culto, y en su alta posición social fue apreciado al igual por partidarios y por contendores.

Como liberal, sus servicios a la causa fueron valiosos, constantes y desinteresados. Era la última reliquia que nos quedaba de ese grupo de viejos patricios, hombres sin tacha, que llenos de civismo, estuvieron siempre listos a sacrificarse por la causa en la que ellos veían el bien de su patria, y que en la época más difícil para el partido constituyeron el Directorio Liberal, del cual fue el señor Borda su Secretario.

El primero de ellos que bajó a la tumba en las postrimerías del siglo pasado fue el doctor Salvador Camacho Roldán, la alta mentalidad, el gran carácter. Le siguió, casi al mismo tiempo, Gil Colunje, de iguales virtudes y merecimientos.

A Colunje le siguió Luis A. Robles, nervio del partido, que en el Congreso fulminaba, confundía con su verbo ardoroso y brillante a los que en pugna partidarista iban contra el bien de la patria y sus instituciones republicanas. El doctor Robles murió en la edad mejor y más valiosa y prometedora de la vida, víctima de enfermedad contraída en un viaje en 1897, en servicio de su causa.

Y luégo, al principiar el siglo, el probo, el alto espíritu, la rectitud hecha hombre, el patriotismo hecho corazón y cerebro, el doctor Aquileo Parra,

el último presidente liberal de la escuela fundada por Murillo Toro, que como Murillo Toro murió pobre, después de una vida de trabajo, y que al bajar de la presidencia en 1878 tuvo que empeñar el piano de sus hijas para atender a los gastos de la familia mientras reanudaba sus labores profesionales.

Les sobrevivió por bastantes años el doctor Nicolás Esguerra, aunque desde 1901 lo creímos y él se creía perdido ya para su partido y para la patria, víctima de aguda enfermedad; pero su fuerte organismo y su recia voluntad lo salvaron para que siguiera con su talento y con sus luces y patriotismo indicando la senda que debía seguir su partido y siendo la representación moral de él, hasta hace unos cuatro años en que, a edad bien avanzada, desapareció.

Nos quedaba de ese grupo de nobles patricios que formaron el Directorio Liberal, el Secretario de ese Centro, el doctor José C. Borda, que muere también a edad bien avanzada, pero en la que no llegó a oscurecerse su cerebro ni a debilitarse su voluntad para servir con amor a la Patria.

Noble grupo de varones ilustres y patriotas, enseñanza y modelo para juventudes. Al desaparecer el último de ellos, recordamos tiempos pasados y pedimos para el porvenir de Colombia, en uno y otro partido, hombres de rectitud, probidad, carácter y patriotismo como lo fueron ellos.